ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

SETIEMBRE--1944

No. 63

EL CONGRESO DE CUCUTA

Después de la batalla de Carabobo, Bolívar dejó a Soublette encargado del Gobierno de Venezuela y se dirigió a la villa de El Rosario de Cúcuta, donde el 6 de mayo de 1821 se había reunido el primer Congreso Colombiano.

Este cuerpo decretó la unión de Venezuela con la Nueva Granada, ratificando la Ley dictada por el Congreso de Angostura; sancionó una nueva Constitución donde se declaró que tanto el Presidente como el Vicepresidente durarían cuatro años en el ejercicio de sus funciones; que la capital de la República sería Bogotá; y que después de diez años se convocaría una gran convención para reformar la carta fundamental si era necesario.

La nueva Constitución no resultó adecuada a los pueblos y Bolívar, viendo el general descontento, presentó al Congreso su renuncia, la que no le fué aceptada.

Elegido de nuevo Presidente el Libertador, formó su gabinete, encargó del poder a Santander, y se dedicó a preparar la campaña que debía libertar al Ecuador.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 63 CARACAS, SETIEMBRE DE 1944 AÑO 6

SUMARIO

ANECDOTAS DE BOLIVAR

EL PADRE DE GIRARDOT 2

FOLKLORE VENEZOLANO

ENSALMOS Y ORACIONES 4

ESCRITORES NACIONALES

SELVA 6

CUENTOS POPULARES

TIO GATO, TIO GALLO Y TIO ZORRO 8

ANECDOTAS DE LA CONQUISTA

"PARAMACONI" 11

POESIA INFANTIL

VERSOS DE MIGUEL R. UTRERA 13

LOS NIÑOS COLABORAN

EL COCHINITO PINTADO 14

ANECDOTAS DE BOLIVAR

EL PADRE DE GIRARDOT.

(Condensado de una relación de Luis Eladio Contreras)

Un anciano, de aspecto noble, cabellos blancos, mirada chispeante, andar penoso y ya un poco inclinado por el peso de los años, se desliza pensativo por entre las galerías, olorosas a pólvora y a rifles, del Cuartel General del Libertador.

Le acompaña un jovencito, de tan pocos años, que apenas podría sostener un fusil.

Al encuentro de los dos visitantes se adelanta un Edecán.

—Deseamos hablar con el Libertador —dice el viejecito.

—¡Oh! Está tan ocupado el General Bolívar...

—Señor —suplica el anciano—. Será un instante nada más. Haga el favor. Se lo ruego.

El Edecán, guiado por un presentimiento extraño, se deja convencer y va hasta el Libertador.

—Excelencia; un anciano, a quien acompaña un jovencito, pide con insistencia verle a usted.

—Que entre —contesta Bolívar poniéndose de pie y abandonando el trabajo de su escritorio. Se cruza de brazos, su actitud característica, y murmura: "un anciano!... un jovencito...!"

El Libertador veneraba la ancianidad y la niñez. Un anciano siempre tenía para él un destello de gloria. En un niño quería siempre adivinar esperanzas...

Los hombres privilegiados han tenido particular predilección por los seres que se hallan en esos dos extremos; "infancia, vejez".

Mientras el pensamiento de Bolívar meditaba, aquel anciano venerable, de cabellos blancos y mirada luminosa, seguido de un pequeño adolescente, se coloca frente al Genio y le dice:

—General Bolívar: aquí le traigo el último de mis hijos; el único que me queda; todos los otros han muerto por la Patria. El es el solo apoyo de la familia; pero la libertad lo necesita, es preciso que lo siga a usted en el camino de la gloria.

—¿Quién sois? —preguntó emocionado el Libertador.

—Soy el padre de Atanasio Girardot.

Un extraño y noble sentimiento ahogó la voz del Grande Hombre.

Y dícese que en ese instante el Padre de la Patria y el Padre de los Héroes se abrazaron, y que se humedecieron los ojos de ambos.

Poco tiempo después circuló el siguiente oficio:

"Ciudadano Secretario de la Guerra del Gobierno General.

Cuartel General de Santa Fe, Enero 2 de 1815.

Los servicios del Coronel Girardot no han quedado bien recompensados. Toda la Nueva Granada y Venezuela lloran su muerte y veneran su memoria; más las concesiones que se hicieron en favor de su familia han sido renunciadas generosamente en bien de la Patria.

Su padre, a quien la pérdida de dos hijos podría hacer desear la conservación del resto de la familia, me ha presentado al único varón que le quedaba, con la esperanza de que ese jovencito pueda imitar sus virtudes, y reemplazar al Héroe de Bárbula.

He apreciado cuanto debía la generosa oblación de este padre patriota y para manifestarle la consideración a que se ha hecho acreedora su ilustre familia, he dado el grado de Subteniente al joven Miguel Girardot y lo he mandado agregar al invicto Batallón de Barlovento. Confío en que aprobándolo el Gobierno General, se permita descargar así una deuda de la Patria.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Simón Bolívar".

Esta elocuente manifestación, que pone de relieve los sentimientos nobles y generosos del Genio Americano, se halla en la colección de documentos de Blanco y Aspurúa, bajo el número 1.007, página 214, tomo 5°.

FOLKLORE VENEZOLANO

ENSALMOS Y ORACIONES

por *R. Olivares Figueroa*

Para preservarse de los peligros, o cuando desea asegurar la paz del espíritu, tiene el pueblo necesidad de comunicación con la Divinidad, ya directamente, o recurriendo a los santos intercesores; hallando, al parecer, en esto, un alivio, una fortaleza; por lo que abundan en nuestro país añejas fórmulas aplicables a casos distintos, a las que se les supone, supersticiosamente, virtudes que, con frecuencia, están muy lejos de poseer, y aun finalidades, desde un juicioso punto de vista, no siempre bien justificadas.

Algunas de ellas son de uso exclusivo, casi, de los pequeños. Otras, adoptan la características del ensalmo. Junto a las que podríamos considerar ortodoxas, o de acuerdo con la Iglesia, las hay que expresan ideas y hechos anacrónicos e incongruentes; pero que fascinan a la gente ingenua.

Puede apreciarse, aun en medio de sus extravagancias o tendencias cabalísticas, en muchas de estas oraciones tradicionales, conservadas con gran cuidado, elementos manifiestamente líricos, es decir: depositarios de una poesía rara y silvestre, hija de la más espontánea fe y vivida ternura:

Al acostarse:

Cruz santa,
cruz digna:
tú me salvas,
tú me guías.
Por el Señor que murió en tí,
que ni el pecado
ni la peste,

ni ninguna cosa mala
se nos acerque aquí.

Cuatro pilares
tiene mi cama:
cuatro ángeles
me acompañan.

(Rubio-Táchira)

Para las ánimas del Purgatorio:

San Bartolomé se levantó
cuando el gallito cantó;
sus pies y manos lavó,
su bastón de oro cogió,
su camino caminó.
A Jesucristo encontró.
—¿Dónde vas, Bartolomé?
—Al cielo iré,
a los ángeles serviré.
—Devuélvete, Bartolomé,
yo te daré un don,
posada y mesón.
Esta oración rezaré
todos los viernes del año,
sacaré un alma de pena
y la suya de pecado.

(Mérida-Capital)

Contra calamidades:

Señor San Silvestre
del Monte Mayor,
líbranos a mí y a mi casa
y todo alrededor,
de las brujas hechiceras
y del hombre malhechor.
San Santiago Apóstol,
vecino enamorador
de toda la Cristiandad,
lo que te pido y te suplico:
que no me dejes vencer
de hombres furiosos,
de perros rabiosos
ni de las olas del mar.
Angeles setenta y cinco
andan en mi compañía.

(Trujillo-Valera)

Contra las tentaciones:

Yo iba por un camino,
me encontré con Jesucristo:
Jesucristo era mi padre
Santa María era mi madre
y San Lorenzo mi pariente.
Me hizo una cruz en la frente
para que ni de noche,
ni de día,
cosa mala no me tiente.

(Caracas-D. F.)

Contra los gusanos de las sementeras:

Yo los mato,
animales perjuros.
Para que se vayan muriendo
de uno en uno.
San Joaquín los mata, y creo
que se han de morir en su misma
(sangre.
Mátalos, Cirineo, y creo.

(Dividivi-Trujillo)

Contra los animales del monte:

Detente, animal feroz,
y entierra tu barba en el suelo,
que primero nació el Niño Dios
que vos.

(Carvajal-Trujillo)

Contra la tempestad:

Aplaca, Señor, tu ira,
tu justicia y tu rigor:
por los ruegos de María,
misericordia, Señor.

(Trujillo-Capital)

(Pasa a la Pág. 12)

ESCRITORES NACIONALES

S E L V A

(Tomado de la novela "Canaima", de Rómulo Gallegos)

Arboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miriadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Arboles! ¡Arboles!

He aquí la selva fascinante. El mundo abismal donde reposan las claves milenarias. La selva antihumana. Quienes trasponen sus lindes ya empiezan a ser algo más o algo menos que hombres.

¡Arboles, árboles! Penosas jornadas a pie por los trajines de las manadas de dantas que corren hendiendo y derribando el monte cuando han venteado al tigre; por las trochas del indio, en las cuales persiste durante días la pestilencia de las grasas con que embadurnan sus cuerpos para defenderse de picaduras de insectos.

Selva virgen, que es como un templo de millones de columnas, limpio de matojos el suelo hasta donde la fronda apretada no deja llegar los rayos solares, solemne y sumida en penumbra misteriosa. Jornadas de andar cabizbajo y callado entre el océano de cientos de leguas de selva tupida bajo el ala del viento que pasa sin penetrar en élla.

El encuentro, siempre emocionante con el indio señero tras la vuelta del caño, silencioso dentro de su concha, el canalete apenas rozando las aguas, el ojo zahorí explorando el remanso ribereño, sombrío bajo el ramaje inclinado de los árboles inmensos... Se agita el agua dormida, el pescador solitario se pone de pie dentro de la embarcación diminuta y son dos figuras alucinantes él y su reflejo en el caño. Tiende el arco o emboca el cañuto, dispara la flecha o la cerbatana, vuelve a acuclillarse y a recobrar el canalete, calmoso, pues ya el morocoto o el aymara se abuyan paralizados por la acción del curare... El indio grave y taciturno, que es el silencio de bronce bogando por el caño solitario. El duende de la selva, que aparece y desaparece de pronto sin que se advierta por dónde.

El enigma de la selva milenaria en los "timeríes" monumentales grabados en las rocas graníticas de las grandes cataratas, simbólicas inscripciones de ignotas razas en el alba de una civilización frustrada. Los indios actuales, que no saben descifrarlas, cuando han de pasar frente a ellas se aplican ají a los ojos para librarse del maleficio del tabú, pues tales caracteres contienen los misterios de la tribu que se perdieron en la gran noche sin luna. La historia de "tarangué" —la tribu que existió—, que sólo podrá descifrarla "tararana", la tribu que algún día vendrá...

¡Arboles, árboles, árboles!.. La impresión primera y singularmente intranquilizadora de que en aquel mundo abismático, increada todavía la vida animal, no reinasen sino las fuerzas vegetales, sin trino de pájaro ni gruñido de bestia en el hondo silencio, porque la presencia del hombre, de ese monstruoso acontecimiento que es la bestia vertical y parlante, esparce el recelo entre los pobladores del bosque. Y así transcure el día y llega la noche.

(Pasa a la Pág. 15)

TIO GATO, TIO G

Versió

Un viejo vivía solo con un gato y un gallo, y un día salió al campo a trabajar. El gato se fué con él llevándole el almuerzo, mientras el gallo se quedaba cuidando la casa.

Tío Zorro, que tenía muchas ganas de comerse el gallo, vino al poco rato y se puso a cantar frente a la ventana:

—¡Cocorocó, gallito de la cresta roja! Si sales a la ventana te daré un puñadito de maíz.

El gallo abrió la ventana y en un dos por tres Tío Zorro lo cogió por el pescuezo para llevárselo a su cueva.

El gallo se puso a gritar:

—¡Socorro! Que me ha agarrado Tío Zorro y me lleva por entre oscuras cañadas, abiertas sabanas y altos montes. ¡Tío Gato, compañero mío, ven a salvarme!

El gato echó a correr en busca de su amigo; encontró a Tío Zorro, le quitó el gallo y se lo llevó a su casa.

—Ten cuidado, gallito —dijo a su compañero.—No te asomes a la ventana, que Tío Zorro terminará por comerte.

Al siguiente día el viejo se fué también al campo; el gato le llevó la comida y el gallo se quedó a cuidar la casa. Tío Zorro volvió, se puso debajo de la ventana y empezó a cantar como el día anterior:

—¡Cocorocó, gallito de la cresta roja! Mira por la ventana y te daré sabrosos granos de maíz.

El gallo se puso a pasearse por entre la casa sin responder a Tío Zorro; entonces éste repitió la misma canción y le echó un grano de maíz por la ventana. El gallo se lo comió y dijo al zorro:

ULARES

LO Y TIO ZORRO

. *N.*

—No me engañas, Tío Zorro; lo que tú quieres es comerme. Yo no soy bobo.

—¿Pero cómo te imaginas que yo te quiera comer? Lo que quiero es que vayas a mi casa, a visitarme. Te presentaré mis lindos hijitos y te daré buenos regalos.

Y volvió a cantar con una voz muy suave y dulcemente:

—¡Cocorocó, gallito de la cresta roja y espuelas de acero! Mira por la ventana y te daré buenos puñados de maíz.

El gallo asomó la cabeza por la ventana y Tío Zorro lo cogió y se lo llevó a su cueva.

El gallo, asustado, se puso a dar grandes gritos:

—¡Socorro! Tío Zorro me ha cogido y me lleva por oscuras cañadas, abiertas sabanas y altas montañas. ¡Tío Gato, compañero mío, socórreme!

El gato escuchó los gritos del gallo, lo buscó por todas partes y al fin lo encontró; se lo quitó a Tío Zorro, lo trajo a casa y le dijo:

—¿No te lo había dicho, gallito, que no te asomaras a la ventana? Tío Zorro terminará por comerte y no dejará de tí ni siquiera los huesos. Ten cuidado mañana, porque iremos muy lejos y no te podré escuchar cuando grites.

Al día siguiente volvió el viejo a irse al campo, y el gato, como de costumbre, le llevó la comida. Cuando Tío Zorro vió que el gallo estaba solo, fué a colocarse debajo de la ventana de la casita y se puso a cantar la misma canción de siempre; la repitió tres veces, pero el gallo no le respondía.

—¿Qué te pasa? —dijo Tío Zorro—. ¿Por qué no me contestas hoy, gallito?

—Qué va, Tío Zorro; lo que es hoy no me engañas; no me asomaré a la ventana.

Tío Zorro le tiró por la ventana varios granos de maíz y se puso a cantar con voz muy dulce:

—¡Cocorocó! Gallito de la cresta roja, sal a la ventana. En mi casa tengo muchos sacos llenos de maíz, de los cuales podrás comer cuanto quieras. Vente conmigo y no hagas caso al gato, que si yo hubiera querido comerte, ¡desde cuándo lo hubiera hecho! ¿Me tienes miedo? pues mira, asómate a la ventana, que yo me retiraré un poquito.

Y se escondió debajo de la ventana. El gallo saltó, se asomó y sacó hacia fuera su cabeza. Tío Zorro de un golpe, lo cogió y se lo llevó en carrera.

El gallo se puso a dar gritos desesperadamente llamando al gato; pero estaba éste tan lejos que no pudo escucharlo.

En la tarde, cuando volvieron a casa el viejo y el gato, éste se puso a buscar al gallo, y no encontrándolo, pensó que le habría ocurrido la misma desgracia de siempre. Cogió una guitarra y un palo y se fué en busca de la cueva de Tío Zorro. Una vez llegado, se sentó y se puso a cantar acompañándose con la guitarra.

—Toca, toca, guitarrita
para que escuche Tío Zorro.
Que les guste a sus hijitos
y él se duerma en su chinchorro.

Tío Zorro, escuchando cantar, dijo a su mujer:

—Sal a ver quién canta tan bonito.

Apenas Tía Zorra se asomó, el gato le dió un golpe por la cabeza y la arrastró, escondiéndola detrás de la casa. De nuevo volvió a cantar y Tío Zorro mandó a ver a su cuñada, y después a su suegra. Conforme salían, el gato las golpeaba por la cabeza y las escondía. Por fin no quedaban sino los zorritos dormidos, y el mismo Tío Zorro salió; apenas el gato lo vió aparecer, le dió un palo con tanta fuerza que lo hizo salir por los aires, yendo a caer tras un matorral, barranco abajo, de donde quien sabe jamás volvería a salir.

El gallito se puso muy contento y regresó con el gato a la casa del viejo, donde los tres vivieron tranquilos durante mucho tiempo.

ANECDOTAS DE LA CONQUISTA

"PARAMACONI"

(Condensación de un relato de Don Arístides Rojas)

En el año de 1569, Garci Gonzalo de Silva salió una tarde de Caracas en dirección de la costa de Carayaca, acompañado de treinta soldados. Era su intención atrapar por medio de una celada al temido Paramaconi, cacique de los indios taramainas, a quien no podían vencer los castellanos.

Después de haber pasado el jefe español por diversos caseríos pertenecientes a los dominios del cacique, donde la población se divertía al son de sus gaitas, siguió con el guía que le acompañaba en dirección de un sitio montañoso donde Paramaconi tenía su guarida; una choza construída a orillas de un despeñadero y provisto de dos puertas; la una que miraba al camino y la otra que, al pie de un precipicio, comunicaba con la vecina montaña.

Al amanecer del día siguiente, a vista ya de la pajiza choza, Garci Gonzalo ordena a su tropa atacar la puerta exterior, para entretener así a los tenientes que pudieran acompañar a Paramaconi. Mientras tanto Garci Gonzalo, tomando una vereda oculta, marcha hacia la puerta que da a la montaña, por donde supone ha de escapar el cacique. Cuando éste siente los pasos de los castellanos, manda a sus guerreros que defiendan la entrada principal por donde presumía que sería el ataque, y conduciendo a sus familiares para ocultarlos en la selva, sale por la puerta posterior armado de su poderosa macana. A los pocos pasos, tropezó de repente con Garci Gonzalo de Silva en son de guerra. Pero apenas lo ve Paramaconi, le acomete resueltamente, derribándole de un poderoso golpe. Sin aguardar a que su contrario se res-

tablezca, el indio con sus familiares se precipita por un despeñadero en busca de un sitio seguro para sus acompañantes.

Recobrado el castellano del estupor del golpe, se levanta encolerizado y se arroja por la rápida pendiente en solicitud del atrevido adversario. Cuando el español, magullado por las piedras y salientes del barranco, llegó al pie de éste, ya Paramaconi resuelto y armado le aguardaba. Gonzalo acomete al cacique, y ambos combaten con destreza; hiriéndose y defendiéndose. Por mucho tiempo dura la lucha de los bravos combatientes, hasta que el castellano logra herir al cacique por el costado derecho. Paramaconi, sangrando copiosamente, abandona la macana y aferrándose al cuello de su contrario trata de ahogarlo entre sus poderosas manos; pero al fin comienzan a abandonarlo las fuerzas que se le van con la sangre. El cacique suelta su presa y desfalleciente, intenta llegar hasta la espesura de la selva para no morir ante los ojos de su vencedor. Garci Gonzalo persigue al indio, y dándole alcance, le derriba de un tremendo tajo por la espalda. Dejando por muerto a su contendor, el español trepa por la pendiente hacia sus compañeros que habían contemplado el heroico combate.

Un año más tarde, en actitud pacífica, Paramaconi se presenta en la ciudad de Caracas. No trae arma alguna para su defensa. Su cuerpo muestra profundas cicatrices. Garci Gonzalo lo recibe con la mano tendida en son de amistad, y así el cacique de los taraimas acepta la alianza de los conquistadores. La paz reina entre ellos y no volverá ya más a ser turbada.

ENSALMOS Y ORACIONES

(Viene de la Pág. 5)

Para que cese la lluvia:

San Isidro, Labrador:
quita el agua,
y pon el sol.

(Maturín-Monagas)

Contra las culebras:

San Marcos de León:
amansa la draga
y el dragón.

(Los Teques-Miranda)

Para que salga la arena de los ojos:

Santa Lucía,
"pasá" por aquí:
con tu escobita
"barréme" esta basurita
que tengo aquí.

(Mérida-Capital)

Cuando se teme ser castigado:

San Benito,
mamá en la mano
tiene el rejito:
que si me va a pegar,
me pegue pasito.

(Valera-Trujillo)

R. O. F.

POESIA INFANTIL

Versos de Miguel R. Utrera

Paisaje

Cae la lluvia, lenta,
sobre el campo tierno.
Viste la mañana
su traje más fresco.
¡Qué siembra más clara
cubre el campo tierno!
Juncos de cristal
quiebran sus reflejos
en las sementeras
que ha labrado el viento.

La lluvia cae, lenta,
sobre el campo tierno.
Recoge la tarde
sus débiles ecos.
Una fria lumbre
se esconde a lo lejos.
¡Qué clara cosecha
Espigó el silencio!
Cae, cae la lluvia
sobre el campo tierno.

Los pájaros, mudos.
Los árboles, quietos.
¿Lucirá su luna
la senda del sueño?
¿Qué frágil cocuyo,
qué tibio lucero
prenderá en la sombra
la noche de invierno?
Desgrana la lluvia
su límpido acento.
Cae, cae la lluvia
sobre el campo tierno.

Ronda del Arroyuelo

Arroyuelo claro,
arroyuelo raudo
que, a través del monte,
huyes del verano;
tras de tí un grito
por cerros y campos:
—¡No huyas tan de prisa!—
claman los rebaños.

Pasos de cristal
quiebran por el prado
huellitas de armiño
y musgos plateados.
Corre el arroyuelo
con pasos de espanto:
—¡No huyas tan de prisa!—
gimen los rebaños.

(Pasa a la Pág. 16)

LOS NIÑOS COLABORAN

EL COCHINITO PINTADO

En un caserío, cerca de mi pueblo, vivía una mujer muy pobre junto con sus hijos. El mayor de los varones buscaba la leña, pastoreaba unos chivitos y raspaba cocuiza. La hija menor molía el pan y tejía los sacos, que se vendían para comprar el café y el dulce. La madre, ya vieja, se ocupaba solamente de cuidar unos cochinitos. Como eran tan pobres, para engordar estos animales sólo podía darles bleo, buche y otras yerbas que élla misma buscaba. Los cochinos vivían muy fastidiados y tristes con esta comida; pero, a pesar de todo, estaban bastante gordos.

Un día sábado por la mañana, los cochinos escucharon que la mujer y sus hijos estaban conversando en la cocina. La madre decía:

—Mañana, como es domingo, mis hijitos, comeremos chicharrones del cochino pintado.

Los cochinitos se pusieron muy asustados y dijeron al "pintado":

—¡Qué buena broma, hermanito; mañana te pasarán por agua caliente!

El marranito pintado se puso a llorar.

Algunos sintieron lástima y propusieron:

—Tenemos que salvarlo.

—Lo malo es que si lo salvamos —dijo uno entre ellos—, nos dejarán sin comida como castigo; porque esa vieja es mala.

En ese momento Tío Conejo pasó por allí. Lo llamaron y le pidieron salvara al pobre "pintado". Tío Conejo dijo:

—No tengan cuidado, compañeros; pondré todo empeño. Y se fué.

Por la noche volvió con una tropa de conejos amigos suyos. Con sus dientes se pusieron a tumbar los palos del chiquero. A las muchas horas, todos los cochinos estaban en libertad y se fueron con los conejos, en carrera, diciendo:

—¡Paticas, para qué te tengo!...

Alba María Sierra.
Escuela Estadal N° 166.
Agua Larga.

S E L V A

(Viene de la Pág. 7)

La noche, que sobreviene de pronto, sin crepúsculo, entre las altas murallas de árboles... Negros árboles hostiles que por momentos parecen ponerse en marcha sigilosa...

Cruza una exhalación, grande como un bólido, por el río de estrellas que corre sobre el Guarampín, dejando una estela azulenca; se apaga en silencio por cima del mar tenebroso de la selva apretada... Se produce un murmullo entre el bosque negro, algo así como un bisbiseo... Transcurre una pausa y luego, poco a poco, comienza a manifestarse la vida animal. Pasa el vuelo blando de la lechuza trompetera de impresionante graznido. Se oye el sonido peculiar, la u sibilante de la arañamona. Se alza de pronto el canto desvelado del tucuso montañero. Grita el obiubís. Se escucha el tropel lejano de una manada de dantas que huyen del tigre. Continúan percibiéndose los mil rumores de la bestia noctámbula... Los ahoga el inmenso gemido de la caída de un árbol, a leguas de distancia, y cuando se cierran los negros abismos del eco toda la selva vuelve a quedar en silencio... Ahora un silencio extraño que produce angustia, absoluto y profundo para los oídos de los hombres intrusos. Pero los indios, de sutilísimos sentidos expertos en la comprensión de aquel mundo, cuando sobrevienen estos repentinos enmudecimientos totales prestan atención expectante.

—¡Canaima!

El maligno, la sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males, que le disputa el mundo a Cajuña el bueno. Lo demoníaco sin forma determinada y capaz de adoptar cualquiera apariencia...

Es él quien ahuyenta las manadas de dantas que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso, quien enciende de cólera los ojos como ascuas de la arañamona, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaima del veneno veloz, azuza el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva, y desencadena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos.

POESIA INFANTIL

(Viene de la Pág. 13)

Las mudas espigas
se visten de llanto;
sus rizos de lumbre
ya están enlutados.
Lloran las espigas,
lloran los guijarros:
—¡No huyas tan de prisa!—
lloran los rebaños.

Columpios de aljófar
el sol ha estrenado;
sus garras de sol
perdiera el verano.
Corre el arroyuelo
entre los sembrados:
—¡Viniste tan pronto!—
cantan los rebaños.

—¡A sendas de nácar,
pasos aromados!

M. R. U.

NOTICIA PARA LOS DIRECTORES DE PLANTELES EDUCACIONALES

De acuerdo con el Reglamento de los Museos y siguiendo las instrucciones del señor Ministro, se participa a los directores de planteles educacionales que quieran efectuar visitas colectivas con sus alumnos a los Museos dependientes, del Despacho que dichas visitas deben realizarse en las horas y días reglamentarios que se indican debido a que los demás días se dedican al cuido y aseo de los locales, por lo cual el personal no puede atender a los visitantes:

Museo Bolivariano:	Miércoles y viernes de 10 a 12 meridiem y de 2 y 30 a 5 p. m.
Museo de Bellas Artes:	Martes, miércoles, jueves y sábado de 9 a 12 meridiem y de 3 a 5 y 30 p. m. Los domingos de 9 a. m. a 1 p. m. y de 3 a 5 y 30 p. m.
Museo de Ciencias:	Martes y jueves de 9 a. m. a 1 p. m. y de 3 y 30 a 5 y 30 p. m. Los domingos a las mismas horas.
Museo de Arte Colonial:	Martes, jueves y sábado de 9 y 30 a. m. a 1 p. m. y de 3 a 7 p. m. Los domingos a las mismas horas.

Además están abiertos los Museos los días de Fiesta Nacional.

FLORA VENEZOLANA

P I C A P I C A

(MACUNA PRURIENS)

Esta planta, perteneciente a las Papilionáceas, recibe también el nombre de Ojo de Zamuro, en referencia a la forma y aspecto de las semillas. Es un bejuco voluble, rastrero o trepador, con las hojuelas más o menos sedosas por debajo, las flores en racimos alargados, de pétalos morado oscuro y legumbre sin arrugas, cubierta con un denso indumento de pelitos cortos y tiesos, de color marrón. En medicina casera se emplea este indumento tomado en almíbar como vermífugo. El vulgo tiene la creencia de que las semillas, negras y rugosas, ejercen propiedades benéficas y curativas sobre las personas que las lleven en los bolsillos.

FAUNA VENEZOLANA

EL DORADO

(CORYPHAENA HIPPURUS)

Este pez es el Delfín de los antiguos griegos. Vive en alta mar y su carne es poco estimada. El Dorado nada velozmente y es un gran enemigo de los peces voladores. Su coloración es muy viva; luciendo tonos amarillos, dorados y azules, los cuales pueden cambiar rápidamente de acuerdo con ciertas circunstancias.